LA CATALUÑA

REVISTA SEMANAL

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
CALLE ALTA DE SAN PEDRO, 2
De los artículos firmados son responsables sus autores
No se devuelven los originales

SUSCRIPCIÓN
España . . . . . 3 pesetas trimestre
Extranjero. . . . . 3 francos »
Número suelto . . . . . 25 céntimos
PAGO ANTICIPADO

Año I — Barcelona 14 de diciembre de 1907 — Núm. 11

SUMARIO

Sobre una leyenda absurda, por D. M. F. Perpinyá.

Visión, por D. I. de L. Ribera y Rovira.

Letras castellanas:
La Casa de la Primavera, por D. J. M.ª López Picó.
La Visita del Sol, por D. M. Raventós.
Del cercado ajeno, por D. J. M.ª López Picó.

Hegemonía, por D. Luis Folch.

Dos fases de la mentalidad catalana, por A. Ras.

Documentos de opinión:
Á los electores de Valls-Montblanch, por M. Raventós.

Notas internacionales:
Alemania. — *Alemania empuja. (Anécdotas de energía). — II. Un discurso del trono*, por D. M. Vidal y Guardiola.
Francia. — *Sanas desviaciones*, por D. José Martí y Sábat.
Bélgica. — *Para el porvenir. — El Congo*, por R.

La América latina:
Más del Río de la Plata, por Blandengue.

La Semana:
Política. — *Sobre una supuesta actitud*, por J. Pardo y Wehrle.
Cuadros. — *La sala Hoyos. — Salón Parés*, por M. Sarmiento.
Música. — *El tenor Anselmi. Un arte que muere y un arte que nace*, por D. E. Valiés.
Teatros. — *Nido de águilas*, por R. M.
Gacetilla.

Opiniones ajenas:
Respuesta á Eugenio d'Ors, por D. G. Martínez Sierra.
¿Contra España ó contra el régimen? por don W. E. Retama.
Cataluña y Portugal.
Correspondencia.

LUIS DURÁN Y VENTOSA

OBRA DE ACTUALIDAD

Regionalisme y Federalisme

DE VENTA
EN LA CASA DE FRANCISCO PUIG
Plaza Nueva, 5
Y EN LAS DEMÁS LIBRERÍAS

Sobre una leyenda absurda

D. Ramiro de Maeztu publicó, en la Revista *Nuevo Mundo*, un artículo en el que, empezando por unos comentarios sobre la actual crisis norteamericana, acaba discurriendo sobre Cataluña y Vizcaya con el desconocimiento crónico, por no decir con la ceguera habitual de nuestros detractores.

No sé si habrá en nuestra prensa quien, con mejor autoridad y acierto, recoja los ataques del Sr. de Maeztu, si considera que vale la pena de rechazarlos.

Por mi parte, deseo que se me permita sencillamente referirme á una sola de sus insinuaciones, repetición de un concepto que no, por lo sobado y absurdo, deja de resultarme particularmente molesto, cada vez que asoma por estos rotativos ó sus satélites.

Cita, pues, el Sr. de Maeztu entre los casos que son «cometer un gran pecado», *lo de hablar de diferencias de cráneos*, con lo que entiendo que se alude al despropósito, que con insigne ignorancia ó mala fe se atribuyó, no sé cómo ni por quién, á mi señor padre político Dr. Robert, á raíz de una conferencia que dió años atrás en el Ateneo Barcelonés, suponiendo que pretendió deducir una superioridad de la raza catalana sobre las demás de nuestra Península, de la conformación de los respectivos cráneos...!

Esta leyenda ridícula ha llegado á ser para muchos artículo de fe, sin más fundamento que la ligereza de alguien que intentaría, tal vez, hacer *un chiste* que vino á resultar un agravio positivo á la seriedad científica del Dr. Robert.

Estuve presente en aquella conferencia del Ateneo, oyéndola con verdadero interés y sin perder de ella ni una sílaba; tanto fué así, que al invitarme mi respetable amigo D. Modesto Sánchez Ortiz, entonces Director de *La Vanguardia*, á que escribiese la reseña para este periódico, á cuyo redactor había sido imposible penetrar en el local, pude redactarla, desde luego, sin dificultad alguna. Recuerdo perfectamente que en dicha reseña, publicada el día siguiente y que no dudo se hallaría en la colección de *La Vanguardia*, consigné el concepto, vertido por el Dr. Robert, de que *el Indice cefálico, que puede constituir uno de tantos caracteres distintivos de una raza, de ningún modo podía apreciarse como signo demostrativo de superioridad ó de inferioridad de esta raza respecto de otras.* Esto fué lo que *realmente* dijo entonces el Dr. Robert, es decir, que anticipó la terminante negación del concepto que se le atribuyó después, previendo tal vez la maniobra, que pretendió hacerle decir lo que jamás pensó ni pudo sentir. No he de ser, ciertamente, yo quien tribute aquí elogios al Dr. Robert, que si pudiesen resultar justos, podrían aparecer interesados ó dictados por mi filial cariño y profunda veneración á su memoria; pero sí creo poder afirmar, con asentimiento de cuantos le conocieron, que el absurdo que se le atribuyó, y al que me refiero, es incompatible con su inteligencia y con sus conocimientos científicos y choca indeciblemente con su manera de sentir, siempre penetrada de respeto y estima para todas las regiones españolas.

Los que asistieron á aquella conferencia pueden recordar el mapa de España que entonces presentó el Dr. Robert, donde, por medio de colores distintos, aparecía plásticamente cada comarca con su índice cefálico ó conformación craneológica correspondiente, de modo que el tipo mesaticéfalo dominante en Cataluña, no resultaba exclusivo para esta región. ¿Cómo habría podido, pues, tratar de deducir una superioridad de un indicio que nada tenía de exclusivo para Cataluña?

Aquella conferencia tuvo por objeto iniciar una serie que no pudo proseguirse de disertaciones ó estudios, sobre la raza catalana, desde el punto de vista puramente etnográfico y antropológico, sin tendencia alguna política, ni remota pretensión de demostrar superioridad alguna, acudiendo á comparaciones, en este caso más que en otro alguno, odiosas.

El Dr. Robert declaró que la mayor parte de las estadísticas y datos, base de su estudio, objeto de la conferencia, procedían de las obras del Sr. Olóriz, circunstancia digna también de mencionarse á los que han imaginado á mi señor padre político, pasándose la vida midiendo cráneos.

No creo que el Sr. de Maeztu llegue á leer estas líneas. Me daré, sin embargo, por muy satisfecho si puedo hacer penetrar en el ánimo de los lectores de La Cataluña, el convencimiento de la verdad que ha puesto la pluma en mis ma-

nos. Si no tienen mejor base los reproches de otros *pecados* que se nos atribuyen, como lo de *falsear para el propio halago la historia, la etnografía, la filología*, etc., etc., podemos estar tranquilos, pensando que continúa hablándose de Cataluña con menos conocimiento que del Thibet ó de Rhodesia. Defectos tenemos colectivamente, como los tienen todos los pueblos y todas las colectividades; no dejó de ponerlos de manifiesto el Dr. Robert en alguna ocasión, con austera franqueza, pero sin dejar de proclamar las virtudes de un pueblo que tanto amó y por el que tantos sacrificios hizo. Háganlo con igual justicia y sinceridad, ya que no con parecido afecto, cuantos vengan todavía á descubrir estas regiones y el mar Mediterráneo que las baña, y con ello saldremos todos beneficiosos.

F. M. PERPINYÁ

Visión

Estamos en un momento de inquietud y nace entre el pueblo un sentimiento de infundada desconfianza.

Fué tan sorprendente y admirable el hecho de la Solidaridad Catalana, evidenció tan nítidamente la unánime aspiración autonomista de los catalanes, que éstos juzgaron, en medio de los entusiasmos de la lucha, segura é inmediata la victoria. Y como sea que la evolución sigue lenta, por fenómeno fatal y necesario, las gentes descontentadizas comienzan á sentir desconfianzas. Justa realidad que Cambó desvendó ante los ojos aturdidos de los parlamentarios españoles cuando les advertía los clamores de la multitud impaciente.

Es tan honrado el movimiento catalán, que todos desearíamos verle desarrollarse á la luz del sol, ajeno á las exigencias imprescindibles de una táctica previsora y mañosa. Muchos desconocen los términos del problema, ignoran, en su rectitud, las armas arteras de los enemigos y creen que á pecho descubierto y en lucha leal y noble conquistaríamos el triunfo. Si en la política no se lucha como en las justas, y tanto es esto evidente, que los núcleos del catalanismo que con infantil confianza han justado con nuestros adversarios, víctimas de su misma confianza, han sucumbido á la deslealtad del adversario.

Si no olvidáramos ejemplos amargos de candorosa credulidad, no hubiéramos sido, más de una vez, juguete de los avisados políticos centralistas.

Parece evidente para muchos que al plebiscito nacional, origen de Solidaridad, debía seguir el cumplimiento de las aspiraciones de Cataluña, pues un pueblo que con tan rara unanimidad formula su deseo, no puede ser desairado por aquellos encargados de gobernarle. Esa rectitud de juicio no ha inspirado ciertamente la conducta de los estadistas españoles. Pero no porque al movimiento catalán no haya seguido el reconocimiento expreso del centralismo debemos desconfiar del éxito definitivo de nuestras esperanzas. Hemos avanzado más de lo que era de prever. En el Parlamento y en la prensa se ha dado al problema catalán una importancia excepcional y el efectivo concurso de los representantes de Cataluña ha sido solicitado (por imprescindible) para elaborar la obra de reconstitución política nacional, escuchándose con severa, pero desacostumbrada tolerancia, la fórmula que concretan las aspiraciones de Cataluña.

Aquellos que inveteradamente nos consideraban unos insignificantes adversarios, han reconocido nuestra fuerza y se han convencido de que era imposible gobernar España yendo contra Cataluña. Y por primera vez levantan asustados el blanco pendón de Parlamento. Error funesto sería en nosotros desaprovechar la oportunidad y rechazar la rama de olivo que nos ofrecen, mayormente cuando los rendidos son ellos, adversarios de poderosa fuerza (á pesar de sus divisiones y luchas intestinas), fuerza que nosotros, no sé por qué, hemos siempre deseado que fuera menos temible de lo que es en realidad. Aparecen, pues, en la lid ambos combatientes, dispuestos á abandonar las hostilidades (viviendo alerta y desconfiados) é inclinados, por ventaja mutua y por mutua conveniencia, á parlamentar una alianza beneficiosa para ambos.

Aquél que llevó las huestes catalanas á la situación gloriosa del momento actual, merece bien de su patria. Asimismo aquél que disciplinó las huestes insumisas del adversario, llevándolas á una amorosa inteligencia con el enemigo, ha hecho á su país y al progreso de su patria un servicio inestimable.

La esperanza que vislumbramos de esa aproximación, primer rayo de esperanza en la acción coadyuvadora ajena, nos causa inquietud y desconfianza; y, no obstante, la evolución que vemos avecinarse nosotros mismos la preparamos conscientemente y ahora nos asustan sus consecuencias, porque creemos que ella puede destruir la austeridad de nuestras convicciones, la nobleza de nuestros sentimientos y la pureza de nuestra doctrina.

Es la primera vez, repito, que Cataluña se impone y parlamenta con el centralismo, que nuestros hombres se aproximan á sus hombres, y esta aproximación hace despertar recelos, no por miedo á la venalidad y prevaricación de los nuestros (que creemos sinceros), sino por la tradicional desconfianza, por la maléfica influencia de los hombres de los falaces partidos centralistas. De la desconfianza en ellos nace la desconfianza en nuestros representantes; desconfianza tamaña que se comunica aun en aquellos de conducta política intachable y en los cuales nosotros depositamos toda nuestra fe.

De esa inquietud y de esa desconfianza han nacido arbitrarias fórmulas de procedimiento que patrocinan los diversos núcleos catalanistas con cierta preferencia. Y tenemos deslindados los campos entre intransigentes é intervencionistas, ó sea, aquellos que nada quieren y nada esperan de los hombres del centralismo, creyendo sólo deber robustecer y ensanchar la difusión, dentro de Cataluña, de los ideales nacionalistas, combatiendo incesantemente al adversario despreciando su concurso en la obra reivindicadora, y aquellos que avanzan paso á paso, aprovechándose, si conviene, de las fuerzas enemigas y de sus debilidades, evolucionando, en una palabra, hasta la total consecución de la libertad de su tierra. Entre los primeros va casi la mayor parte de las democracias, y es necesario que así sea, pues desde el momento que faltara dentro del catalanismo un núcleo defensor de los radicalismos políticos y religiosos, las democracias, aun contrariando sus convicciones patrióticas, formarían una izquierda anticatalana que sería fácilmente explotada por cualquier embaucador agente del centralismo. Entre los segundos se alistan aquellos que en su procedimiento político no se apartan de la realidad y prefieren lo cierto, por mezquino que sea hoy, á lo incierto de un mañana doloroso. Los primeros son revolucionarios descontentos y precipitados, los segundos revolucionarios evolutistas.

Es sistema político en los primeros la intransigencia, la guerra. Es sistema político en los segundos la alianza dentro de una paz armada.

Los intransigentes adolecen de un exceso de empirismo optimista, nacido de un error de estrategia y fundados en el falso recuento de los elementos combatientes en uno y otro campo, ó sea, un desconocimiento de la proporción entre los medios de combate y las resistencias á vencer.

En su desconfianza, los descontentos creen que una política intervencionista malogrará los arraigados ideales autonomistas del pueblo catalán, entibiará su fe, desfalleciendo en la inercia de un escepticismo fatal, ó reaccionando violentamente en un paroxismo anticatalán; engañosa opinión pesimista, ya que con ella ponen en entredicho el hecho irrecusable del estado de conciencia del pueblo catalán, efímera si pudiera variar ante el ensayo de un procedimiento político intervencionista.

Y lo innegable es que entre los factores del movimiento catalán se realiza el hecho admirable de la absoluta coincidencia nacional de sentimientos autonomistas. Las diferencias que separan los núcleos integrantes del mismo, no afectan á la doctrina catalanista, con cuanto nazca de discrepancias de procedimiento. Y, consecuentemente, éste en nada compromete el ideal autonomista, antes al contrario, del predominio de uno ú otro depende la eficacia de la acción política actual, y asimismo el fracaso de alguno de ellos, en último caso, consumará el desprestigio de sus defensores, pero nunca comprometerá la virtualidad y pujanza del sentimiento que avanzará empujado por otro procedimiento más eficaz, por otra estrategia más sabia.

Es más. Si todas las agrupaciones dirigentes de la política catalana emprendieran locamente senderos descarriados en la marcha política iniciada, ó en otras palabras, si una común equivocación y una falseada orientación inclinaran los esfuerzos de esas agrupaciones por caminos errados, ni aun en este caso sufriría menoscabo la virtualidad del sentimiento nacional, con cuanto pasara por una crisis deplorable y se retrasara

el advenimiento del triunfo definitivo. Las equivocaciones en el procedimiento á seguir en la actual orientación política, sólo pueden redundar en perjuicio de las personas que las sufran, nunca en detrimento de los ideales y de los entusiasmos.

Otros procedimientos y otros hombres impulsarán esos ideales y esos entusiasmos por mejor orientados derroteros, y aquel experimentado caudillo que sepa prever las futuras contingencias, aprestando con táctica sabia sus huestes, conduciéndolas por el camino del triunfo, con vincular gloriosamente sus hechos en las páginas de la Historia, habrá impulsado su patria hacia la libertad, que es hoy todo el sagrado anhelo de los patriotas.

Con serenidad, pues, debemos examinar las grandes orientaciones que se están dando al movimiento político catalán, para coadyuvarlas si son conducidas por hábiles y prácticos caminos, siendo consecuentes en aquella fe y en aquella confianza de que revestimos nuestros hombres cuando les enviamos, esperanzados, al Parlamento español á formular las aspiraciones de Cataluña y que trabajan animosos para hacerse dignos de nuestra fe y de nuestra confianza. Y entendamos todos que la victoria es siempre de los que trabajan.

Cuando viéramos que nuestros representantes se desviaban del camino honrado que siempre ha sido norma de su vida política, entonces sí, censurémoslos, despojémosles de nuestra representación. Pero mientras continúen por la buena senda ¿con qué razón y con qué derecho les retiramos nuestra confianza?

Seamos siempre dignos de su trabajo arduo y patriótico. Trabajemos con ellos.

I. DE L. RIBERA Y ROVIRA

4 diciembre 1907.

Letras castellanas

La Casa de la Primavera, por GREGORIO MARTÍNEZ SIERRA. — Pueyo, editor, Madrid.

El nombre de Martínez Sierra no es nuevo para los catalanes. En nuestra tiera se le considera y estima en lo que vale; hace tiempo que nos es familiar y le pronunciamos con el amor de un nombre de hermano y el respeto de un nombre de amigo con quien nos unieran los lazos del más sincero reconocimiento.

Porque Martínez Sierra es para nosotros un hermano en actividad espiritual y un amigo que se interesa por lo nuestro y lo propaga hasta defenderlo con entusiasmo cuando lo exigen las circunstancias.

Tanta es la fuerza de espiritualidad que le une á nosotros y la solicitud con que cuida de que fuera de Cataluña nuestras cosas no sean desconocidas ni falseadas, que se ha emprendido contra él y contra su obra de artista una verdadera campaña á traición, inspirada en los mismos viejos y rastreros móviles que han inspirado también las grandes campañas de la prensa del *trust* contra Cataluña y las manifestaciones de la actividad catalana.

Digo todo esto á propósito de la aparición del libro de poesías *La Casa de la Primavera*, de Martínez Sierra, porque á raíz de dicha aparición se ha recrudecido en los periódicos la campaña contra el distinguido y pulcro catalanizante nuestro amigo. La crítica madrileña (si es que puede llamarse crítica á un juego brillante de palabras y chistes de ocasión) salvo honrosas excepciones, ha tratado el libro de Martínez Sierra con una desconsideración y un apasionamiento que desdicen del buen criterio y la seriedad que requiere un justo análisis. Con la agravante de que ni tan sólo ha sido analizada la obra poética, sino que se ha pretendido rechazarla sistemáticamente por ser de un autor que simpatiza con nosotros y vive alejado de toda intriga y de toda agitación de desacreditada bohemia.

Y, sin embargo, *La Casa de la Primavera*, sin ser un libro de alta inspiración, es un libro de *poesía*.

Poesía de recogimiento y emoción, de suavidades aprendidas en la bendita paz del vivir sosegado, de alegrías que trajo un rayo de sol al cándido sonreír de una clara mañana, de finas delicadezas (flor de exquisitez) que enseñaron unos labios femeninos, maestros de todos los bellos decires.

El libro de Martínez Sierra tiene toda la gracia de una íntima y amorosa ingenuidad y toda la esmerada coquetería de lo pulcro y bien hecho, hermanadas á una gran riqueza de imágenes, para calificar y dar realce á la nobleza de su sentir.

Para mí, el secreto poético de Martínez Sierra está en el amor que emana de todas las cosas, del que se impregna el poeta para transformarlo y enaltecerlo en su alma y luego derramarlo en lluvia de sentimiento (finamente romántico) sobre las mismas cosas de donde saliera. Lo dijo él mismo en *Renacimiento:* «Una dulce noche de abril, volviendo lentamente de un teatro con mi mujer, con mis amigos, parecióme tan amable la vida bajo la tibieza de un cielo con luna entre la suavidad de un aire donde estaba el corazón fragante de las primeras violetas, que hice versos, por fuerza, para cantar mi buena ventura; este determinismo de la felicidad, tan respetable como otro cualquiera, ha puesto mansa emoción en un puñado de romances y unos cuantos sonetos. Llámase el libro *La Casa de la Primavera*...»

Este sencillísimo proceso explica toda la obra de Martínez Sierra. Sus *Romances del hogar*, *El día está de amor de Dios*, *La Mesa* y *Bendiciones* (según mi humilde sentir, lo más escogido de *La Casa de la Primavera*) revelan bien claramente la personalidad poética de su autor y nos dicen toda la generosa actividad, todo el entusiasmo y el sereno equilibrio con que Martínez realiza sus obras.

Poco diremos de la técnica de los versos y del lenguaje poético del libro.

Martínez Sierra es un dominador elegante del castellano. Por eso en sus poesías ha sabido darle una sabrosa flexibilidad moderna y acomodarlo á la nueva métrica. Los alejandrinos (algunos hay en *La Casa de la Primavera* de acabada factura), especialmente los agudos tienen una indiscutible belleza. Digan lo que quieran cuantos dentro de un ridículo formulismo proclaman la exclusiva bondad del verso en el decasílabo.

J. M.ª LÓPEZ PICÓ

La Visita del Sol, por E. DÍEZ CANEDO. — Madrid, 1907, Pueyo editor.

Enrique Díez Canedo, juntamente con su amigo G. Martínez Sierra, ha merecido de Ors el concepto del «más generoso catalanizante y el más exquisito artista de la nueva generación española». Goza entre nosotros de este doble prestigio, desde que *Xenius* publicó en el *Glosari* aquel maravilloso «Grillo de mi ventana», que fué una revelación, y desde que firmó Canedo su artículo-balance de las letras catalanas en 1906, que acusaba un gran conocimiento y un gran amor de nuestra literatura.

Como Canedo ama y conoce las letras catalanas, nosotros le amamos y conocemos, y con este doble amor al amigo y al poeta viene hoy á nuestras manos su segundo libro *La Visita del Sol*.

*
* *

El autor es de los actuales poetas castellanos, el más personal, y como á tal el más complejo y diverso. Nunca su labor ha podido ser reducida y analizada: tanto de influencias verlainianas, tanto más de culto á D'Annunzio, tanto aprendido en los clásicos castellanos. De los actuales líricos (siempre con la excepción de Marquina, catalán por sus cuatro costados) es el más moderno, y ¿por qué no decirlo? el más próximo á nuestra poesía.

A una lírica humana y sincera, segura de sus medios y hábilmente expresada, tiende Díez Canedo huyendo de la fórmula y librándose por el trabajo de aquella fecundidad — absurda enemiga de la perfección — que es característica de todos los poetas castellanos, de Lope de Vega á Zorrilla, y que hoy convierte el ejercicio de la poesía en algo así como un no muy alto periodismo.

La Visita del Sol, tiene fragmentos de una perfección tal que no pueden ser hijos del hábito de hacer versos, sino de un exquisito cuidado en cada momento en que se hicieron.

Leed sino este fragmento de «Lucha de Faunos»:

Los dos faunos más jóvenes luchan en la pradera.
Los demás el combate van siguiendo, en espera
de lo que ha de ocurrir. A veces un obsceno
chiste pica el orgullo del que pierde terreno,
y, al ver que su contrario le embiste, se afianza
sobre los pies caprinos, en frente del que avanza,
y se humillan las testas y se topan las frentes
en las que apuntan, finos, los cuernos incipientes...
. . . . . .
Sudan los dos; al pecho fornido que jadea
bajan las gruesas gotas que impregnan los cabellos;
ha desaparecido la tierra para ellos
hasta que, al cabo, en una formidable embestida
cae rodando el más débil, con la frente partida.

Leed también sus sonetos especialmente «El ciego del camino», «Lawn-tennis» y «La hermosa librera».

Todo el libro tiene una fuerza lírica, una riqueza interna y una intensa humanidad que resisten todas las lecturas. En infinitos momentos tiene ese sentimiento-madre vagamente conocido y por el poeta—creador sería más exacto—definitivamente consagrado en una forma

bella. Así son «Tardes de la Moncloa» un prodigio de evocación, «Paseo de coches», «Anochecer de domingo». A veces pasa por el libro una ráfaga de sabio, cerebral romanticismo, que es matiz de la vida sin que sea su destrucción.

Han venido los húngaros. Me gusta
ver su arrogancia en su mirar osado,
y, en lo moreno de su faz adusta,
los soles de las tierras que han cruzado.
Amo andanzas, combates, aventuras
pero soy hombre débil y pequeño
y he recorrido, solo, las llanuras
del país arbitrario del Ensueño...

. . . . . .

y languidezco en mi rincón de olvido
y engarzo en el paciente verso y verso
sin azares que hayan conducido
por la diversidad del Universo.
Húngaros: hoy ha roto vuestro paso
mis horas de tristeza y de fastidio.
Desde mi quieto bienestar, acaso
vuestra inquietud, vuestra pobreza envidio

. . . . . .

mi espíritu lleváis en compañía;
vuestras faces morenas le son gratas,
ama vuestra tenaz melancolía
vuestras noches que alumbran las fogatas
y vuestro caminar por entre hogares
tibios, morada de los hombres vanos
de esos duros, inhóspitos lugares,
en que os ladran los perros aldeanos.

Y esta misma bondad y esta misma riqueza tienen «Lugar de mi tierra», «Refugio», «Viejo Semanario», y aquel delicioso «Nocturno castellano».

De intento he dejado para el fin hablar de las más altas poesías «Oda á la Cibeles» y el romancero. Sobre la «Oda á la Cibeles» dije mi pensar en estas mismas páginas cuando se publicó en *Renacimiento*: como entonces creo que es la obra de un gran poeta y de una gran cultura literaria, de una riquísima tradición poética. Por sus magníficas estrofas corre algo de superindividual, que realza más aún la obra de Canedo.

La última parte del libro nos da un aspecto nuevo del poeta. Sus romances — alguno había yo leído en *Los lunes del Imparcial*, si mal no recuerdo — reunidos, causan una emoción inenarrable. Toda la delicadeza popular, todo el sentido primitivo de belleza, están allí, y juntamente, el prestigio de la leyenda y un íntimo, un intenso perfume de la raza. Por la labor de un hombre, nos trasladamos á la juventud de la imaginación castellana. Creo el mejor de los elogios copiar aquí el romance «El héroe muerto», á mi entender el más perfecto de los bellísimos que forman la colección:

Ponedle las manos juntas
y entre las manos la espada,
que su cruz el pecho ampare
con el pomo y con las guardas.
Alzad el cuerpo y llevadlo
de través sobre las lanzas,
llevadlo á Santa María,
Santa María la Blanca.
Llegaranse los ancianos
de andar torpe y testa calva:
— Ya no alienta el varón justo
de opinión c ncisa y sabia. —
Vendrán los fuertes garzones
con arneses y celadas:
— Ya no alienta el capitán
que á la morisma espantaba. —
Vendrán también las esposas
con largos velos tocadas:
— Ya no alienta el fiel esposo
de su hogar la piedra falta. —
Y vendrán las doncellicas,
las doncellicas lozanas:
— Ya no alienta el amador
el de floridas palabras. —
Bendecirán los ancianos
el cuerpo que en tierra yazga;
se inclinarán los garzones
y le rendirán las armas;
harán correr las esposas
por la triste faz las lágrimas,
las doncellicas el cuerpo
cubrirán de rosas blancas.
El cuerpo después llevad
a la tierra que lo aguarda,
plantad sobre el cuerpo un roble,
presto medrará su talla.
Medrado que lo veáis
podréis hacer de sus ramas
un báculo para el viejo,
para el garzón una lanza.
Será ejemplo á las esposas
de fortaleza y constancia,
y al mirarlo pensarán
las doncellicas lozanas
«— Aquí yace el amador
el de floridas palabras,
su cuerpo es savia en el roble,
junto á Dios mora su alma».—

Otra nota que no quisiera olvidar es el satisfecho, el orgulloso, el noble optimismo de Díez Canedo. Resumido magníficamente en el soneto «Eternidad del Poema», que cierra el libro, y aleteando vivo y persistente en todos los versos. Este es el secreto del admirable prólogo poético *La Visita del Sol*, luz, confianza, trabajo. Este es el camino, y ésta la sana poesía.

Y ahora, amigo Canedo, aunque sea pagando tributo á la idealización, creo que con esfuerzos y con obras tan sólidas como la vuestra, alcanzaremos:

la buena nueva que tarda,
la nueva que acogeréis
jubilosos, en la gracia
de un mar de sol, extasiados
en un florecer de ramas.

¡Sí, sí! Obrando y escribiendo con tanta fe como sinceridad, con tanta bondad como belleza, llegaremos á esta perfección, aun cuando sólo sea por el noble contagio de la virtud.

Entre tanto, como estímulo y como defensa, á Díez Canedo y á cuantos como él trabajan por un ideal, ofrezco aquellas palabras de nuestro Maragall, eterna norma de la divina inquietud del artista:

Vigila esperit, vigila,
no perdis mai el teu Nort.

M. RAVENTÓS

Del cercado ajeno.—Versiones poéticas, por ENRIQUE DÍEZ CANEDO. — Villavicencio, editor; Madrid.

He visto siempre con mucho cariño los libros de traducciones poéticas hechas por verdaderos poetas. No basta para traducir poesía el conocimiento de la lengua, el dominio del *metier* y la facilidad en la versificacion. Es también necesario que el traductor sea un buen poeta. Y aun me atreveré á decir que no basta éste florecer de todo sentimiento bello en su alma, sino que es necesaria, además, una extensa educación poética. Sólo así habrá entre el autor y el traductor aquella indispensable compenetración que hace de la obra traducida una nueva creación, *una palabra nueva*, en que la belleza se nos manifiestra otra vez después de haber descansado largamente en el alma del traductor.

¿Traductor?

Algo más que traductor es Enrique Díez Canedo.

En sus versiones poéticas no se ha limitado al trabajo material de ordenar las palabras en la nueva forma y sujetarlas al ritmo del lenguaje nuevo, sino que ha puesto algo de su espiritualidad en esta ordenación, ha sabido decirnos algo de su vivir íntimo en estas poesías, fruto primaveral recogido en el cercado ajeno.

Una mañana (alegría de sol) se dijo el poeta á sí mismo:

«Deja por hoy tus íntimas canciones,
Libre á la cita con tu Musa falta.
Hoy una recia tentación te asalta,
Y eres como escolar en vacaciones.

. . . . . .

Y salió fuera, y amó el sonreir de todas las cosas y el corretear por el campo y el abandonarse de los frutos que colgaban prometedores de las tapias de los huertos...

Se dijo todavía:

Explora el campo en todas direcciones
vadea ríos y cercados salta.
Ni fruta dejes de alcanzar, por alta,
ni flor extraña, tímido, abandones.
Nadie vigila, nada te rehusa
la tierra fértil; pasajeros, vanos,
han de ser los enfados de tu Musa:
después, en el secreto de tu estancia,
podrás acariciarla con tus manos,
que tendrán de tus hurtos la fragancia.

Y saltó cercados y no dejó fruta ni flor; y embriagóse después de dulzor de fruta y de aroma de flor.

Quiso decirnos entonces toda su delicia y nos ofrecio su libro *Del Cercado ajeno*.

Este libro es un libro excepcional, tal vez demasiado excepcional dentro de su género. Díez Canedo se ha apartado del camino seguido hasta ahora por todos los traductores de versos; no ha querido presentarnos un *libro de muestras* en el cual la variedad supliera capitales defectos. Al contrario, el número de poetas traducidos es limitado y la manera de traducirlos es, como apunté ya, más espiritual que mecánica.

Esto da al libro una amable exquisitez y un marcado sabor personal (á veces con detrimento del primitivo sabor de la pieza traducida, especialmente en algunos de los poetas franceses).

Pero casi todo este apartarse del original es de un valor positivo tratándose de Díez Canedo verdadero poeta que viste sus obras con la riqueza de un lenguaje pulquérrimo y las galas de una imaginación delicada y de un refinado buen gusto.

Aparte de estas cualidades que adornan las versiones poéticas de Canedo, basta ver algunos nombres de autores traducidos (Shelley, Browing, Mallarmé, Verlaine, Verhaeren, Francis Jammes, Maeterlinck, D'Annunzio y Eugenio de Castro entre otros) para convencerse del valor del libro.

No estamos acostumbrados á ver en los trabajos de traducción el amor que ha puesto Díez Canedo en el suyo. Por esto encontramos en él un encanto especial, aquel encanto que, como decía mi excelente amigo Sitjá y Pineda, sólo se encuentra en las obras hechas con amor.

Ahora nada más. Un elogio para los dos sonetos que llevan por título *El poeta á sí mismo* y que muy bellamente encabezan y cierran el libro.

J. M.ª LÓPEZ PICÓ

Hegemonía

Dicen de la hegemonía de los pueblos: ésta no se compra ni se vende, ni por voluntad ó por consentimiento se obtiene y se abdica de ella. La hegemonía la tiene el más fuerte sobre el más débil por ley y por razón de la naturaleza. Si Cataluña ha dependido de otros pueblos por espacio de cuatro siglos, si Castilla dominó en ella é influyó en toda su vida, es que una y otra merecieron estas suertes; es que para Cataluña había llegado la hora de arriar del lomo de los peces del Mediterráneo el barrado pendón que les impuso el gran almirante; es que su bandera de sangre y oro ya no ondeaba en la cima de la Acrópolis de Atenas, fijada su asta en la sublime fábrica del Parthenon; es que para los Reyes de Castilla eran el porvenir, la riqueza, el saber y la conquista.

Un cambio en la vida se operaba.

El ambiente de la Edad Media era disipado por los nuevos aires del Renacimiento, y en su caída aquella época arrastraba consigo los pueblos, los reinos y las dinastías, á quienes había hecho gloriosos.

Y Castilla gobernó en España y los pueblos miserables lamieron rastreramente los pies de aquella poderosa corona, mientras que los caídos defendían en explosiones de rebelión sus perdidas libertades. Y vino la calma, en unos la del servilismo, en otros la del agotamiento. Después la conformidad cubierta con el sudario de un superficial olvido.

Pronto gustaron unos y otros de la vida del dominador: el arte, las ciencias, el saber y las grandes figuras del siglo fueron a completar con deslumbrante brillo el ser de la nación dominante, y su soberanía se impuso de derecho. Un tiempo Castilla tuvo razón de llevar su hegemonía sobre las demás naciones ibéricas. Los museos y archivos de la Corte son fehacientes testimonios de la razón de este derecho.

. . . . . .

La tierra catalana, en el descansar de sus gastadas energías, fué reviviéndose, la lluvia que sobre ella se derramaba no era estéril, iba nutriendo de nueva vida el decaído solar, una lenta fecundación se operaba en su seno; y mientras Castilla seguía, ya con sacrificio, la carrera de su vida, no queriendo mirar á otro lado que al de sus pasadas glorias, en el Oriente ibérico el sol, al amanecer, reflejaba cada día en un nuevo destello de vigor.

Cuatrocientos años de sopor no fueron suficientes para borrar las huellas de su antigua personalidad nacional. Su lengua, odiada y motejada por el dominador, se conservaba aun al través de las mixtificaciones exóticas, y sus costumbres respondían aun á sus antiguas leyes; leyes y lengua que la imponían, continuaban como el primer día extrañas al país. Y Cataluña se reconoció.

Un período de lamentos fué el precursor de un movimiento que iba á iniciarse. Los poetas lloraban las libertades perdidas, los artistas evocaban en sendas obras los momentos de esplendor de su vida pasada, los hombres de ciencia rehacían su historia y en los viejos pergaminos, que tan bellas cosas decían, aprendían á rehacer el habla de aquellos insignes catalanes que en ella dictaron leyes á otros países.

La mecha estaba prendida. Los lamentos de añoranza bien pronto se trocaron en gritos de odio, el conocimiento de un derecho arrebatado revolucionaba las conciencias contra el usurpador, y los traductores de la conciencia nacional, los poetas y los artistas condensaron en sendas manifestaciones este sentimiento del pueblo. Pero si no son los lamentos traducción de la virilidad, no es tampoco el escupir odio traducción de fortaleza. Y Cataluña era fuerte al cabo de poco tiempo. Todas sus energías, armonizándose en un común concierto, habían hecho resurgir bien precisada su personalidad nacional. La lengua, las artes, las ciencias, la industria, todo renacía con alma puramente catalana, y Cataluña empezó la lucha por su libertad.

El pueblo hegemónico, dormido en sus pasadas glorias, burlábase de las ilusiones del que creía aun impotente, luego intentó reprimir con mano dura lo que llamaba sus desmanes antipatrióticos, pero la conciencia catalana se había hecho fuerte en el corazón de todos los hijos de aquella nacionalidad, y á pesar de todo, las manifestaciones de vida de aquel pueblo pasaron el Ebro y el Ribagorza, y todas las naciones ibéricas dirigieron su vista á Cataluña. Hoy era en sus poetas en quienes se hacía honor á su personalidad, mañana en sus novelistas, un día en sus artistas, el otro en sus filósofos... Por fin, un alud de mandatarios catalanes hicieron oir su voz en la Asamblea del Estado.

No fueron comprendidos ó no quisieron comprenderles. En la paz de muerte, en el contubernio de los impotentes, la voz vibrante y llena de vida de los neopolíticos era una nota demasiado estridente. Pero la piedra está lanzada. Cataluña ya está en España. ¿Sabrá imponerse? No cabe duda. Las antiguas nacionalidades del Estado la llaman ya en su ayuda, quieren en su savia inocularse la nueva vida. Una hegemonía racional y justísima de Cataluña empieza á tomar pie en la periferia de la Península. En el mismo centro ya no se la repudia, se discute, es cierto, su preponderancia política, pero aceptarán, al fin, su pensar en la cosa pública.

Cataluña quiere salvarse y Cataluña quiere que con ella se salve España entera. Desde el Parlamento le ha dirigido su voz; ¡ay de los que la desoyeren!

LUIS FOLCH

Dos fases de la mentalidad catalana

Durante largo tiempo Cataluña y todo lo catalán ha sido para los catalanes lo más perfecto, lo más hermoso, lo insuperable, el *alfa* y la *omega* del mundo.

Y, ahora, por el contrario, se señalan de continuo deficiencias, imperfecciones, defectos en nuestra tierra ó en nuestras cosas.

¿Es, acaso, que el sentimiento catalán ha variado? ¿Es que ha mermado nuestro patriotismo? ¿Es que ha decaído nuestro intenso amor á Cataluña?

***

Las primeras manifestaciones del catalanismo, entendiendo esta palabra en su sentido más amplio y elevado, fueron acompañadas de un entusiasmo un poco inocente hacia nuestra tierra. Quizás por ignorancia, quizás por deslumbramiento, brotó entonces una verdadera explosión de *jingoismo*, de *chauvinismo*. Pero eran un jingoismo y un chauvinismo nobles y de buena ley. Ellos inflamaron la fe de las pasadas generaciones; ellos les dieron fuerzas para acometer empresas formidables; ellos les hicieron fácil el camino con sus espejismos y sus ilusiones. Si por los frutos se conoce el árbol, hemos de confesar que éste era frondoso y robusto, porque aquéllos han sido óptimos. Las anteriores generaciones catalanistas restauraron el lenguaje; crearon un teatro, una prensa, una literatura y una ciudad. Obra de fe era el comprar terrenos y edificar casas; obra de fe era intentar dar vida literaria á una lengua petrificada; obra de fe era llevar á las tablas trozos de la vida catalana, expresados en catalán y en catalán representados; obra de fe era lanzar periódicos en un idioma que sólo algunos escogidos sabían leer. Pero como la fe era de todos, la ciudad crecía, la lengua renacía, el teatro se formaba y los periódicos arraigaban y se extendían. Y el milagro se hizo.

¿Se hubiera podido realizar por hombres limpios de *chauvinismo*, que compararan fríamente el estado de Cataluña y el de las naciones cultas extranjeras, que midieran con exactitud la inmensa distancia entre lo que tenían y lo que se proponían alcanzar?

Seguramente no. Aquel esfuerzo sólo pudo llevarse á cabo por quienes veían en todo lo catalán, más que una cosa perfeccionable, algo definitivo y completo.

***

Y han pasado los años. Barcelona es una ciudad grande y una gran ciudad. Nuestra lengua ha llegado á ser verbo nacional. El Teatro catalán ha trascendido triunfante á las tablas castellanas y aun á las extranjeras. La prensa gana terreno de día en día. Nuestra literatura atraviesa las fronteras.

Y bien: precisamente ahora, los descontentos forman legión. Comparan y critican. Nada escapa á su escalpelo: higiene, ciencia, arte. Pero esta labor es positiva. La crítica va seguida de la acción. Se descubren faltas para corregirlas. Se señalan deficiencias para subsanarlas.

Aquel santo *chauvinismo*, indispensable años atrás, sería para las generaciones de hoy carga pesada. Quizás por eso se han desprendido de él. Hoy no son necesarios tales estímulos; antes por el contrario, paralizarían nuestra actividad, dándonos una orientación equivocada.

Las censuras más fuertes sobre la tierra y la vida catalana — siendo justas, se entiende — se formulan en Cataluña; pero no por el prurito malsano de denigrar lo propio, sino para convertir las energías de la juventud hacia el refuerzo de aquel punto flaco.

¿A qué poner ejemplos, si basta abrir los ojos para verlos por todas partes?

***

Aunque haya, pues, jóvenes iconoclastas que se burlen de Pitarra y renieguen del *all-y-oli*, de la barretina y del porrón, no ha variado el sentimiento catalán: se ha depurado. No ha mermado nuestro

patriotismo: se ha refinado. No ha decaído nuestro intenso amor á Cataluña: se ha purificado.

Y sin duda alguna, ésta, y no otra, es la mejor manera de fomentar la gloriosa herencia que hemos recogido. Este, y no otro, es el mejor modo de reverdecer los laureles de las antiguas generaciones.

También algún día nos haremos viejos, y nuestro anhelo será ver reflejados en nuestros descendientes nuestra pasada juventud y no nuestra decrepitud de entonces.

A. Ras

Documentos de opinión

A los electores de Valls-Montblanch

El día 27 de noviembre fué un día bien desgraciado para España.

Maura hizo un brillante discurso «asombroso, grandilocuente», como dijo *El Liberal*, de Madrid, sobre la necesidad que tenemos de escuadra y la generosidad del pueblo español, sobre las altas miras á que nos obliga nuestra historia.

El discurso de Maura tenía por objeto pedir la aprobación de un aumento para Marina de 200 millones en ocho años, ó sean 25 millones más de pesetas cada año. Eso por lo pronto; y que más adelante se tendría que gastar lo que las circunstancias aconsejasen.

El discurso de Maura fué un triunfo, y se aprobó el aumento del presupuesto el mismo día en que los diarios se quejaban de que la emigración era tan extraordinaria en toda la Península, que parecía una desbandada de gente, pues huían familias enteras.

El artículo del proyecto de ley discutido decía que el objeto y el fin del proyecto de escuadra era:

Primero. La defensa de la autonomía de España.

Segundo. La defensa de la integridad territorial.

Tercero. La seguridad de nuestra posesión continua.

Y cuarto. La eficacia militar de las principales bases navales, así como su influencia sobre los mares próximos á ellas.

Hay que poner atención en las tres primeras afirmaciones, porque precisamente el proyecto de ley las echa por tierra.

Moret, entusiasmado con el discurso de Maura, dice textualmente estas palabras:

«No hay que hacerse ilusiones, lo decía antes el señor Presidente del Consejo de Ministros, yo lo repito ahora; la mayor parte de la opinión no está con nosotros. Decepciones, amarguras, desengaños, falta de fe en los partidos políticos y en los hombres, todo eso hace que no se crea en la regeneración de la Marina, y se tema que esto sea una vez más tirar dinero sin conciencia y sin medida y no hacer nada para el engrandecimiento de la patria».

De modo que Maura y Moret saben que tienen en contra la mayor parte de la opinión, y ¿eso es defender la autonomía de España? ¿Que España se gobierne á sí misma?

Hay dos Españas: la España oficial y la España contribuyente, y aquélla gobierna contra la opinión de ésta, pero siendo aquélla irresponsable y haciendo pagar á ésta sus disparates.

Lo mismo viene á decir Canalejas con las siguientes palabras, apoyando también al Sr. Maura:

«¿Estamos ó no conformes? Digo que sí. *(Muy bien)*. Y que al estar conformes con esa política, lo estamos con todas sus consecuencias. *(Aplausos)*. Si la opinión resistiera, por no conocer bien que eso es capital, por no conocer bien la trascendencia de tales compromisos; si la opinión pública resistiera ese esfuerzo, aquí estamos nosotros, no para resistir á la opinión, pero sí para encauzarla».

Hasta el Sr. Azcárate también se declaró entusiasta del proyecto y dijo:

«¿Quién no puede estar conforme con todo ello? ¿La opinión? ¡Ah! Sobre esto hay que hablar claro...» y no obstante habla obscuro, porque dice que se ha de hacer la escuadra aunque la opinión esté en contra, porque: «El pueblo es bueno para capitán y malo para piloto». También se declaró partidario del proyecto el Sr. Feliu, en nombre del partido carlista, no queriendo ser menos patrioteros que los republicanos, demócratas, liberales y conservadores.

Unicamente Ventosa en nombre de los solidarios y con las palabras más dulces que encontró se declaró contrario.

Yo había de hacer aquella tarde oposición radical al proyecto, pero era tal el entusiasmo de todos los partidos á favor del proyecto, que me aconsejaron los amigos, que para evitar males mayores, callara.

Callé allí; efectivamente, una sola voz no podía obtener nada, pero no puedo callar delante del país que ha de pagar los platos rotos de aquella España oficial.

¿Qué autonomía de España quieren defender aquellos que votan contra la opinión de sus electores?

¿Qué integridad del territorio, aquellos por cuyas culpas los extranjeros se están apoderando de minas, fábricas, ferrocarriles, tranvías, etc., etc.?

¿Qué posesión continua de España por los españoles, aquellos por cuyos malos Gobiernos, lo españoles no pueden vivir en su territorio?

Ellos, los políticos de oficio, son los únicos poseedores del territorio español, y quieren que no se les escape de las manos.

Cada año emigran más de cien mil españoles que pierden su dominio de España y su territorio y el derecho de gobernarla. ¿Cuántos más tendrán que emigrar con el aumento de 25 millones del presupuesto?

Maura, al rectificar, dijo, satisfecho de su éxito:

«La fuerza impulsiva para las obras colectivas y nacionales se busca en una superioridad en las determinaciones del espíritu, que es todo abnegación, mientras que la vida económica es la organización de los egoísmos. *(Grandes aplausos en todos los lados de la Cámara)*».

No, Sr. Maura, no es verdad lo que dice; la vida económica y la vida de los que trabajan y pagan no es la organización de los egoísmos, sino que son verdaderamente «las actividades faltas de organización».

La «organización de los egoísmos», es la política, la España oficial, que, tratándose de aumentar el presupuesto en 25 millones, convienen todos los partidos á la vez, por «su» interés de cada uno, convienen todos en entusiasmarse y en aclamar á Maura por su salvador.

Moret también tuvo un párrafo bien desgraciado:

«Dispensadme la forma de lo que voy á decir por esta emoción que siento, diciendo que después de haber oído yo en este debate evocar la imagen del ingenioso Hidalgo de la Mancha y hablarnos de los que pensamos en la grandeza de España, no Quijotes, sino locos debemos apellidarnos: yo quiero recoger para mí esa censura y entrar en el número de los locos».

¡Siempre el quijotismo! Y mucho peor que el quijotismo, porque aquella «locura» es más de apariencia que de realidad; en el fondo dicen, «venga gastar, venga hacer sacrificios», porque paga y se sacrifica la España contribuyente, y cobra y distribuye el presupuesto la España oficial, compuesta de todos los partidos que aplauden.

El quijotismo es más aparente que real; algún Quijote hay entre los políticos en boga, pero si tiene aplausos los tiene porque lleva el presupuesto y aplauden los Sanchos.

No podemos, hoy por hoy, resistir las dilapidaciones de la España oficial; inútil es hacerles entender que convienen más las carreteras, los canales, las repoblaciones de los bosques, las lagunas, y, en general, las cosas agrícolas, que no la Marina; inútil es pedir rebaja de impuestos, porque teniendo como tenemos tan malos administradores, vale más que manejen poco dinero. Nada podemos hacer hoy, sino es unir más y más nuestras fuerzas para adquirir las que se necesitan para imponernos un día á la España oficial.

Manuel Raventós
Diputado á Cortes por Valls-Montblanch

Notas internacionales

Alemania

Alemania empuja. (Anécdotas de energía). - II. Un discurso del trono.

Berlín 27 noviembre de 1907.

Aparentemente va á romper esta crónica la solución de continuidad de la serie. Los lectores lo perdonarán en atención al carácter siempre algo anecdótico de mis «Notas» y en atención, sobre todo, á la continuidad espiritual de esta crónica con la anterior y con las siguientes. Hoy quiero presentar un ejemplo palpitante de «cómo Alemania empuja», traduciendo íntegro el Discurso del Trono, leído ayer por el Prín-